

legalmente con algunas monedas. Finalmente, siendo prodigios de devoción, la introdujeron en los gobiernos modernos; y de este modo echaron el fundamento á la civilización, cristianizaron el poder político, lo pusieron en armonía con las máximas del Evangelio, y formaron la educación de las naciones y de las monarquías cristianas.

§ XLVI. — Otra observación importante sobre la parte que han tenido las santas reinas en la formación de las monarquías cristianas. — La abnegación esencial de la monarquía cristiana, según el Evangelio, es la *devoción*, como el de la monarquía pagana es la *dominación*. — La abnegación es el sentimiento particular de la mujer, y ella fué quien la estableció en las monarquías modernas. — Equivocación sensible del Conde de Maistre en este particular. — Los príncipes cristianos de Oriente no han comprendido jamás el poder cristiano. — Los príncipes de Occidente han sido siempre cristianos como soberanos, aún cuando hayan sido como particulares. — La Iglesia ha civilizado la Europa con el auxilio de las mujeres.

Permitásenos aquí otra observación sumamente importante sobre el venturoso resultado de la gran misión que ha ejercido la mujer católica colocada en el trono.

El Hijo de Dios y Redentor del hombre había dicho lo siguiente: « Los príncipes de los gentiles los dominan, pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera ser mayor entre vosotros debe ser vuestro siervo; así como el *Hijo del hombre* no vino para ser servido, sino para servir y dar la vida para la redención de todos: *Principes gentium dominantur eorum, vos autem non sic; sed quicumque voluerit inter vos major fieri, sit minister vester; sicut Filius hominis venit ministrare, non ministrari, et dare animam suam redemptionem pro multis.* » (Matth., xx.) Según estas inefables palabras, que el hombre no había pronunciado jamás, y que sólo pudieron salir de la boca de un Dios, es de esencia de todo poder pagano, ó material ó satánico (que es lo mismo), ser *dominador*; así como es de esencia de todo poder cristiano la *abnegación*. Entre los paganos el súbdito no existe sino para servir al poder, y entre los cristianos el poder no existe sino para servir al súbdito. En toda sociedad pagana el poder es un ídolo, en cuyo obsequio todos deben sacrificarse; en toda sociedad cristiana el poder es una víctima, que debe sacrifi-

carse á la felicidad de todos, á ejemplo del Hijo de Dios hecho Hombre, que bajó del cielo para servir al hombre y sacrificarse por el hombre. ¡Grande y sublime doctrina, en la que se contiene un orden de cosas enteramente nuevo! Ella es la que ha obrado los prodigios de la Iglesia cristiana, del Estado cristiano y de la familia cristiana; tres prodigios desconocidos de los pueblos paganos, y que han cambiado la faz del mundo. Así es que, en esta Iglesia, en este Estado, en esta familia, el poder es soberanamente *conservador* de todo lo que está subordinado á él. Él todo lo dirige, todo lo ordena, pero nada destruye; y su fórmula es: *Yo existo para todos*. Mientras que en toda sociedad religiosa pagana, en todo Estado pagano, en toda familia pagana, el poder soberano *absorbe* todos los poderes subalternos. Él todo lo explota, todo lo destruye y nada conserva, excepto lo que constituye su utilidad, lisonjea sus caprichos y sus pasiones; y su fórmula es: *Todo existe para mí; la religión soy yo, el Estado soy yo, la familia soy yo*. Más claro: la historia de todo poder pagano se resume en esta palabra, *dominación*; mientras que la historia de todo poder verdaderamente cristiano se resume en la palabra *abnegación*.

Aún cuando los individuos de mi sexo se resientan de ello, lo he de decir con franqueza: el hombre nada entiende de abnegación. La abnegación es la ciencia particular, el sentimiento, la necesidad propia de la mujer. En efecto, Dios crió á la mujer para que ayudase al hombre: *faciamus adiutorium*: y ayudar, para el ser inteligente, es someterse á la voluntad ajena. Siendo, pues, la abnegación, según los designios de Dios, el destino especial de la mujer, á la mujer en particular es á quien ha dado Dios la inteligencia, el instinto y la habilidad de practicarla. El hombre debe también someterse, y en efecto él será sumiso si es cristiano. Pero la sumisión en el hombre tiene algo de ruda, de exagerada y de desagradable, que se parece algo á la fuerza; en efecto, parece que en el hombre la sumisión misma no es otra cosa que la dominación. Por el contrario, en la mujer la sumisión tiene algo de delicado, de exquisito y de encantador, que se parece mucho á la gracia. No parece sino que en la mujer aún la dominación misma no es otra cosa que la sumisión. Semejante á la acción de la gracia de Dios, que es su origen, la sumisión de la mujer atrae cediendo, y arrastra acariciando; domina, pero sin violentar; obtiene los re-

sultados de la fuerza, pero con las armas, de la dulzura y de la suavidad.

El Evangelio es quien ha revelado al mundo, como ya hemos visto, la doctrina de la abnegacion. La Iglesia ha dado el ejemplo de ella en su constitucion divina, en la que el poder supremo es eminentemente conservador de los poderes subalternos, y no es otra cosa que el *siervo de todos* (*Servus servorum Dei*). La Iglesia la ha dado tambien á conocer por medio de su predicacion, y la ha hecho posible en la práctica por la gracia de que ella es la dispensadora. Pero la mujer católica es quien mejor la ha comprendido, la ha realizado en una grande escala, y la ha hecho reinar en la familia y en el Estado (1). Por ella el hombre en la familia fué un padre, y no un señor, y en el Estado fué un salvador, y no un tirano. Ella fué quien domesticó con sus encantos y sus virtudes al robusto salvaje del Norte, lo despojó de su ferocidad, lo civilizó, haciéndolo cristiano, é hizo de aquellos atletas de la fuerza los protectores del derecho, los defensores de la flaqueza y el prodigio de los reyes cristianos. Con este fin formó la gracia é hizo aparecer como por encanto un gran número de princesas santas en todas las córtes de Europa, y este fin precioso á que aquellas grandes almas se dirigieron, ha hecho la ventura y la gloria de su sexo y de las naciones cristianas.

(1) Es muy sensible que el Conde de Maistre, ese genio tan ilustrado y tan cristiano, á pesar de haber consignado el mismo hecho que nosotros hemos demostrado por nuestros retratos de las santas reinas, á saber, que los reinados de las mujeres han sido mucho más brillantes y más felices que los reinados de los hombres, haya ido á buscar la razon de este hecho en el amor propio de la mujer, en vez de buscarlo en su *abnegacion*; y es todavía mucho más sensible que para probar la superioridad del reinado de las mujerrs sobre el de los hombres haya alegado los reinados de Isabel de Inglaterra y de Catalina de Rusia, es decir, los reinados de las mujeres más hipócritas, más disipadas y más feroces, que más han deshonrado la monarquía cristiana en los tiempos modernos; el reinado de dos mujeres vergüenza de su sexo y azotes de la humanidad. ¡Cuán fácil le hubiera sido recordar los reinados de algunas de las santas reinas cuyo catálogo hemos presentado! No es el reinado de la mujer en general, sino el reinado de la mujer santa, la mujer católica, el que ha sido y será siempre mejor que el reinado de los hombres; y la razon de esto es que la mujer santa, la mujer católica, comprende y sabe practicar mejor la abnegacion del poder respecto al súbdito, que es el constitutivo esencial de la soberanía cristiana, que es la fuente de la felicidad de los pueblos y la condicion *sine qua non* de un reinado feliz.

En Oriente hubo tambien princesas virtuosas, pero fueron una excepcion. Así es que el poder público permaneció siempre pagano, áun despues que los Emperadores se hicieron cristianos. El hombre era cristiano, mas el príncipe no lo era. ¿Quereis saber cómo respetaban aquellos príncipes la vida de sus súbditos? Acordaos de las matanzas de los ciudadanos de Tesalónica. ¿Quereis saber cómo comprendian ellos el derecho de propiedad? Recordad que entre ellos habia una ley que declaraba que todo jardin ó toda viña en la que un miembro de la familia imperial se dignase coger una flor ó una fruta, quedaba hecha en el mismo acto una propiedad de la Corona.

En virtud de esta extraña ley despojó Eudoxia á una pobre viuda de una pequeña viña con que se sostenia y alimentaba á sus hijos. En vano representó San Juan Crisóstomo contra aquella violencia del derecho natural y de la ley cristiana. Él no consiguió otra cosa que el destierro, y el despojo quedó consumado. El elemento pagano permaneció en aquellas córtes, áun despues que sus miembros se hicieron cristianos, y se le veia aparecer continuamente en su conducta y en sus leyes. Ellos quisieron dominar siempre, y dominarlo todo, áun la Iglesia misma. Ellos quisieron gobernar la Iglesia, no sabiendo gobernar el Estado; hasta que consiguieron degradar la Iglesia de aquellos desventurados países por el cisma, y abandonar el Estado á la dominacion de los mahometanos.

Todo lo contrario sucedió en Occidente. Los príncipes á quienes la santidad y las virtudes de tantas mujeres prodigiosas habian convertido al Cristianismo, permanecieron siempre cristianos, al ménos como Reyes. Áun en los casos en que el cristiano se eclipsaba ó desaparecia en el hombre, permanecia siempre en el Rey. El Rey era siempre cristiano por sus leyes, áun cuando el hombre no lo fuese por su conducta.

Así pues, la Iglesia, como ya hemos dicho, fué quien, por medio de sus Pontífices y sus Concilios, condenó y destruyó en la Edad Media todos los errores en Oriente, infundió y extendió en Occidente todas las verdades, y reunió todos los pueblos de la Europa en el gran redil de la union católica. La Iglesia fué quien, por medio de sus obispos y de sus misioneros, que envió por todas partes, convirtió los pueblos al Cristianismo, y formó en ellos el prodigio

de las nacionalidades y de las monarquías, desconocido en los países paganos. Pero esto fué porque los Pontífices, los Concilios, los obispos y los misioneros de la Iglesia se dirigieron á las mujeres reinantes, y fueron comprendidos, ayudados y asistidos por ellas; de modo que toda la historia de la civilizacion moderna se puede resumir en estas palabras: La Iglesia ha civilizado al mundo, pero ha sido con el concurso y la cooperacion de las mujeres.

Pero la mujer verdaderamente católica, de un rango inferior, la mujer verdaderamente católica, aun de las últimas clases de la sociedad, en el claustro ó fuera de él, hizo tanto en la misma época, con su piedad y con su celo, como la mujer católica reina, en la grande obra de cristianizar los pueblos y civilizar el mundo. Esto es lo que nos falta demostrar para completar el cuadro de las grandezas de la mujer católica en la Edad Media. No nos será posible nombrar aquí á todas las grandes mujeres de aquella época, que, sin ser reinas, participaron de sus trabajos y de sus glorias en el combate contra el error, en la defensa y en la propagacion de la verdad católica, en la fundacion de los establecimientos piadosos, en la formacion de las costumbres públicas de los pueblos cristianos y en el desarrollo de los principios y de las virtudes del Evangelio. Nosotros no haremos más que indicar algunas de las más célebres; pero para esto es necesario que volvamos atras y que recorramos, aunque ligeramente, los primeros siglos de la misma época. Comenzarémos, pues, por la Francia, que fué donde nació y de donde partió aquel gran movimiento regenerador, que mudó en tónces la faz del mundo.

CONTINUACIÓN DE LA MISMA ÉPOCA.

SIGUE LA EDAD MEDIA.

LAS MUJERES RELIGIOSAS, Ó LA MUJER CATÓLICA RETIRADA DEL MUNDO, AFIRMANDO LA RELIGION, POPULARIZANDO LA SANTIDAD EN EL MUNDO, Y COOPERANDO Á LA FUNDACION DE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS RELIGIOSOS.

§ XLVII. — La virtud de la castidad se hace popular en la Edad Media por el ejemplo de las santas reinas. — La profesion de la virginidad es mirada por las jóvenes como su estado natural. — Sus mismos padres se consideran felices en consagrarlas al Señor, y ellas se consideran más felices aún en ser consagradas. — Santa Genoveva. — La esposa de San Valdril, Santa Gertrúdis de Francia y Santa Godaberta son una prueba de esta generosa tendencia de las mujeres. — La institucion de la festividad del Córpus fué obra de las mujeres religiosas.

Ya hemos visto que la virtud principal con que la mujer católica, colocada en el trono, brilló con más esplendor, y obró tantas maravillas en el órden político y en el órden religioso, fué la castidad. La reina católica de la Edad Media, con pocas excepciones, se hizo siempre admirar, ó por la observancia más severa del pudor conyugal, ó por la profesion de la virginidad aun en el matrimonio, ó, en fin, por la prontitud con que, en el momento que pudo hacerlo, renunció á todo cuanto la ligaba á la carne y á la sangre, y fué á encerrarse en el claustro, para vivir allí la vida del espíritu.

Estos ejemplos, venidos de tan alto, no podian dejar de hacer una profunda impresion en las personas que rodeaban á las augustas matronas que los daban, y mucho más en los grados inferiores de la jerarquía social, persuadiendo en ellos su imitacion.

Esta es la razon por qué la profesion de la castidad ó de la virginidad voluntaria se hizo en la Edad Media tan comun y tan popular en todas las clases. En los mismos palacios reales, por una princesa que contraía matrimonio, tres ó cuatro dejaban la corte, se retiraban á algun convento fundado por ellas, y en él se consagraban á Dios con el voto de virginidad. Movidas por su ejemplo las

jóvenes de las más nobles familias, corrían de todas partes á los mismos conventos á participar en ellos de los mismos méritos por la gloria de los mismos sacrificios. Aquellas á quienes sus circunstancias particulares impedían abrazar la vida del claustro, se hacían ordenar de diaconisas ó recibían simplemente el velo de las vírgenes; y sin dejar sus casas, eran, sin embargo, vírgenes sagradas, dedicadas al servicio de Dios ó de la Iglesia, y por esta razón las comprendemos á todas ellas bajo el nombre de *mujeres religiosas*. De este modo se explica el fenómeno, propio de la Edad Media, de la gran multitud de monasterios que se levantaron como por encanto y cubrieron los países cristianos, y de la multitud inmensa de vírgenes de todas las clases de la sociedad, reunidas en estos lugares santos ó viviendo en sus casas particulares. En Francia, sola la pequeña ciudad de Viena contaba, en el siglo VII, trescientas religiosas en clausura, y la diócesis sesenta monasterios, sin contar otras muchas comunidades de mujeres piadosas que vivían reunidas, y de vírgenes que vivían en sus casas. No había ciudad ni aldea en la Europa católica que no tuviese una ó muchas casas de religiosas. No había familia alguna que no se creyese honrada y dichosa en dar una esposa á Jesucristo y una sierva á la Iglesia. Era una vergüenza y una desgracia para los padres que tenían muchas hijas, no tener ninguna que profesase la santa virginidad, y los padres que no tenían hijas, las pedían á Dios con el objeto de poder consagrarlas á Él. Se creía (y había motivo para creerlo) que una hija consagrada á Dios era al mismo tiempo una víctima de expiación y un intercesor poderoso para su familia, capaz de alejar de ella todas las desgracias, y de atraer sobre ella toda felicidad y toda bendición.

Pero los padres no se daban tanta prisa para consagrar á Dios sus hijas, como éstas para ser congradas á Él. Parecía que en aquella época las jóvenes de todas las categorías miraban el estado de la virginidad como su estado normal, y el del matrimonio como un estado excepcional: tan común era entre ellas la tendencia de preferir la virginidad al matrimonio. La pastora de Nanterre, Santa Genoveva, fué de este número. Ella era *un tesoro escondido en el campo de la Iglesia*, que el gran San German tuvo la gloria de descubrir. Los santos son los que conocen á los santos, y los ponen á la vista de todos para la felicidad de todos. Yendo San German á

evangelizar á la Gran Bretaña, y habiéndose detenido en la aldea de Nanterre, cerca de París, vió entre la multitud que le rodeaba una joven en quien creyó notar algo de celestial, y con gran admiración de todos, la saludó, inclinando respetuosamente la cabeza: ésta era Santa Genoveva. El santo obispo la hizo aproximar, y después de haber felicitado á sus padres por tener tal hija y de haberles encargado que cuidasen de ella, *porque esta niña*, les añadió, *será un día el ejemplo y la felicidad de los mismos hombres*, dirigiéndose á la misma joven le dijo: «¿Quieres tú, mi buena niña, consagrarte á Jesucristo como á esposa suya?— Yo no quiero más que eso, le respondió Genoveva; ése ha sido mi pensamiento y mi deseo desde mi infancia. Santo obispo, ¿no queréis tener la bondad de darme vos mismo la bendición solemne de las vírgenes?— Nada se opone á ello», replicó San German. En seguida se dirigieron á la iglesia, hicieron largas oraciones, cantaron salmos, teniendo entre tanto el santo obispo su mano consagrada sobre la cabeza de la joven. Finalmente, habiendo pronunciado Genoveva en presencia del pueblo su voto de virginidad, que debía hacerla un día la madre del pueblo, San German le impuso las manos y la consagró diaconisa. (Rohrbacher, *Vida de Santa Genoveva*.) Pero después trataremos de las grandezas de esta admirable virgen y del bien que hizo á su patria.

San Valdril, padre de Pipino, no amaba al mundo. Pero deseando el rey Dagoberto tenerlo á su lado (porque los reyes son felices cuando tienen un santo cerca de sí), le dió un cargo importante en la corte, y, de acuerdo con sus padres, le obligó á contraer matrimonio. San Valdril consintió en ello; pero habiendo hablado á su virgen esposa, el día mismo de las bodas, del mérito de la continencia, y habiéndole revelado su deseo de dejar el mundo y de servir á Dios en la virginidad, su santa esposa, alegre al oír esta declaración, le dijo: «Señor, ¿por qué no me habeis hablado antes? Sabed que yo no tengo más deseo que el de permanecer virgen y de consagrarme al Señor. La única gracia que pido, es que no tardeis un solo instante el cumplimiento de vuestra santa resolución. Yo haré lo mismo que vos.» En el momento San Valdril se cortó los cabellos, distribuyó entre los pobres y las iglesias la mayor parte de sus bienes, y dando el velo de las vírgenes á su esposa y encerrándola en un convento, se retiró él también al monasterio de Montfaucon, en la diócesis de Reims.

Santa Gertrúdis, hija del ilustre Pipino, mayordomo del palacio, y venerado como santo en el Brabante, era una princesa del talento más elevado y de la mayor hermosura. Ya habia cumplido catorce años, y como un día hablasen sus padres, en su presencia, de casarla con un gran señor del reino, les dijo: «En cuanto á mí, no quiero más esposo que Jesucristo, Rey del cielo.»

Su madre, Santa Itta ó Ithuverga, muy alegre al oír esta declaración de su santa hija, le cortó ella misma al momento los cabellos en forma de corona, le hizo dar el santo velo por el obispo San Amand, y la llevó al monasterio de Nivelles, que ella habia fundado, y donde, á la muerte de su santo esposo, fué ella misma á reunirse á su hija para servir á Dios bajo su dirección. Santa Gertrúdis, por su parte, á la cabeza de este monasterio, en calidad de abadesa á la edad de veinte años, se hizo célebre é hizo de él un plantel de santas.

Santa Godeberta de Amiens, noble virgen, igualmente iba á ser casada. San Eloy, aquel gran obispo y apóstol de la Gaulta, se hallaba presente á la reunion de los padres de la jóven en que trataron de este matrimonio, y conociendo las santas y generosas intenciones de la jóven, se acercó á ella, le puso un anillo en el dedo, y dijo: «Es inútil tratar del matrimonio de esta virgen con un hombre, porque ella está ya desposada con el Hijo de Dios; ¿no es verdad, hija?— Sí, respondió ella, con los ojos radiantes de gozo; yo no quiero más que eso, yo no quiero más esposo que el Esposo de las vírgenes, el Señor.» San Eloy le dió el velo, y el Rey mismo le hizo donacion del palacio que tenia en Noyon, con el oratorio de Santa Genoveva. Santa Godeberta estableció en él una numerosa comunidad para servir á los enfermos y á los pobres, y en él obró prodigios de celo y de caridad. Por esta causa es honrada como patrona de Noyon. Tal era el atractivo particular que la virginidad voluntaria, la más bella virtud del Evangelio, tenía para las jóvenes de aquella época, que la incredulidad de nuestros días nos representa como la época que ignoró el espíritu y conculcó las máximas del Evangelio.

En la misma época otras santas mujeres hicieron otra preciosa donacion á la Iglesia. La bienaventurada Juliana, religiosa hospitalaria de Mont-Cornillon, diócesis de Lieja, tuvo toda su vida una devocion especial al Santísimo Sacramento. Pasar las noches y los

días enteros ante la Santa Eucaristía era su mayor felicidad. Á la edad de diez y seis años tuvo ella una vision, en la que el divino Salvador le manifestó que faltaba en la Iglesia una festividad para honrar particularmente al augusto misterio de los altares, y que ella debia comenzar esta festividad, y anunciar que debia celebrarse. La sierva de Dios no podia dudar que ésta era la voluntad del Altísimo; sin embargo, por un sentimiento de humildad y de desconfianza de sí misma, propio de los santos, se excusó, por espacio de veinte años, de ejecutar esta orden, diciendo que una mision de esta importancia convendria mejor á algun doctor de la Iglesia. Pero instando continuamente el Señor, Juliana accedió al fin, y descubrió su revelacion á Juan de Lausana, canónigo de Lieja, hombre de una virtud singular y de una doctrina igual á su virtud, rogándole que consultase sobre el particular á los mejores teólogos, sin nombrarla á ella. Juan lo descubrió todo á Jacobo Pantaleon, entónces arcediano de Lieja, y despues Soberano Pontífice bajo el nombre de Urbano IV, á Hugo de San Caro, entónces provincial de los dominicanos, y despues cardenal; á Guy, obispo de Cambrai; al canciller de la iglesia de París y otros muchos personajes eminentes en virtud, en ciencia y en santidad. Todos ellos fueron de parecer que era justo y útil á la Iglesia celebrar la institucion del Santísimo Sacramento con más solemnidad que se habia hecho hasta entónces. En vista de este parecer, el obispo de Lieja, en virtud de un mandato al clero de su diócesis, ordenó, en el año de 1246, la celebracion de esta fiesta todos los años el juéves despues de la octava de la Santísima Trinidad. Hugo de San Caro, que habia sido entre tanto creado cardenal y enviado á Alemania como legado, hizo lo mismo por una carta dirigida á todos los prelados y á todos los fieles de su legacion. Pero los teólogos puritanos de Lieja pensaron de otro modo, y aprovechándose de la debilidad de Enrique de Huedre, sucesor de Roberto en la silla de aquella ciudad, cuyo espíritu era más militar que eclesiástico, se pusieron á declamar contra la nueva festividad, á poner en ridículo las revelaciones de Juliana, á perseguir á la santa religiosa, hasta el punto de desterrarla de Lieja, y la festividad se suspendió. Pero ¿quién puede oponerse á la voluntad de Dios? Porque, en efecto, Él queria verdaderamente que se celebrase esta hermosa festividad. Así fué que la oposicion que hicieron los falsos celosos sólo sirvió para hacerla

universal en toda la cristiandad. Habiendo muerto la bienaventurada Juliana, otra santa religiosa de Lieja, llamada Eva, su amiga y heredera de su espíritu y de su devoción, tomó á su cargo la institución de la festividad; ella obligó al obispo á escribir al papa Urbano IV, á quien ella había conocido en Lieja, el cual, después de haber deliberado sobre el particular con el Sacro Colegio y con los teólogos de Roma, publicó su magnífica bula del año de 1264, por la que ordenó la fiesta del Santísimo Sacramento en toda la Iglesia. Al mismo tiempo el Santo Padre había dado la comisión al angélico doctor Santo Tomás de Aquino, que se encontraba entonces en Roma, de componer el oficio para la nueva festividad, á lo cual debemos los himnos y la prosa del Santísimo Sacramento, que se cantan seis siglos há: verdaderas obras maestras de exposición del dogma católico de la Eucaristía, y de la más elevada y encantadora poesía; y á fin de que constase que todo esto había sido hecho á instancia y por inspiración de santas mujeres, Urbano IV tuvo la atención de enviar á Eva la citada bula y el hermoso trabajo de Santo Tomás relativo á ella, con una carta, fechada el 8 de Setiembre del mismo año, en que le dice: «Amada hija: Ved ahí el cumplimiento de lo que tanto habeis deseado. Nos lo hemos declarado con los prelados que se han hallado presentes. Nos os enviamos el libro que contiene el oficio de esta festividad, y deseamos que permitais que saquen una copia todas las personas que lo deseen.» (Labbe, tomo II, pág. 817.) Se ve, pues, que Dios se valió de las mujeres para establecer esta solemnidad, que los franceses llaman con mucha razón la FIESTA-DIOS, porque en el misterio objeto de esta fiesta manifiesta Dios el poder, la sabiduría y la caridad de un Dios, y recibe, como Dios, los más grandes testimonios del pueblo fiel; y porque éste es el misterio de la fe de Dios por excelencia, que reúne en sí todos los misterios del Cristianismo, y cuya celebración es la confesión pública, el triunfo de la fe católica, el anatema de todas las herejías, el gozo de los verdaderos cristianos y la gloria de la Iglesia (1).

(1) Entre las santas mujeres que, sin ser reinas, hicieron un gran bien á la religión y á los pueblos, no debemos olvidarnos de la bienaventurada Isabel, hermana única de San Luis, rey de Francia. Tan dócil como él á las inspiraciones de Blanca, su madre, fué desde su infancia una santa, y se consagró á Dios con el voto de virginidad. Así fué que rehusó el matrimonio de

§ XLVIII.—Ninguna nación católica tuvo, en la Edad Media, mayor número de obispos santos que la Francia. Sin embargo, ellos adquirieron la santidad por causa de las *mujeres religiosas*.—Pruebas históricas de este hecho.—Celo de estas mismas mujeres para la obra de las misiones.—San Bonifacio ayudado por ellas en su misión de cristianizar la Alemania.

Mas, á pesar de lo humildes, piadosas y retiradas del mundo que eran las mujeres religiosas de la Edad Media, no por eso dejaron de trabajar, por todos los medios que la verdadera piedad pone á disposición de la mujer católica, en la regeneración de los pueblos y en la ventura social. Y esto, en primer lugar, por la parte que tuvieron en la santificación del clero.

Conrado, hijo del emperador Federico II, que San Luis y el papa mismo Inocencio IV le aconsejaban. Desde entonces su santo hermano la hizo su limosnera, ó el ministro de su misericordia y de sus liberalidades para con los desvalidos. Ella alimentaba una gran multitud de pobres, y les servía con sus propias manos. Su abstinencia era prodigiosa; ella dedicaba á la oración y á la lectura de la Escritura Santa todo el tiempo que le dejaban libre sus obras de caridad. Su gran recreo consistía en piadosos coloquios con San Luis, y nada era más edificante que ver á aquellos dos santos hermanos hablando de las cosas del cielo y rivalizando en celo de hacerse más agradables á Dios y más útiles á los pueblos. Otro de los objetos de recreo para Isabel, digno también de un alma caritativa, era el de hilar con su rueca de marfil, en compañía de otras santas jóvenes que se había asociado, y hacer gorros y otros objetos para sus pobres. Un día que acababa de hacer un gorro, le dijo San Luis: «Hermana, ¿querrás darme ese gorro para ponérmelo de noche?—No, respondió Isabel; yo he pensado que pertenezca á Nuestro Señor Jesucristo, porque es el primero que he hilado hasta ahora.—En ese caso, replicó San Luis, nada tengo que decir; sólo te pido que hiles otro para mí, porque deseo tener una cosa hecha por tus manos.» Aquella misma noche el gorro estaba en la cabeza de un pobre enfermo á quien la buena princesa enviaba todas las tardes los manjares de su mesa.

Deseando ser útil aun después de su muerte, la bienaventurada Isabel fundó la abadía de Longchamp, en los alrededores de París, cuyas religiosas, reunidas por ella, estaban encargadas en educar á las jóvenes pobres y en distribuir limosnas. Por esta razón dió ella á esta fundación el título de la *Humildad de nuestra Señora*. Ella misma fué quien redactó su admirable regla, en la que San Buenaventura, á quien ella la presentó, nada tuvo que corregir. Este establecimiento fué una escuela muy útil de piedad y una fuente inagotable de auxilios para los pobres de la comarca por espacio de muchos siglos, hasta que el espíritu pagano del siglo XVII lo invadió, é hizo reinar en él más de mundano que de piadoso, y convirtió la *visita de Longchamp*, durante la Semana Santa, en un paseo de lujo y de vanidad, uno de los mayores escándalos que afligen las miradas cristianas del extranjero en París.